

propiedad, productividad, planificación ¿para quién?

Con ocasión del "Decreto del Primer Proyecto de Transformación Agraria", dado por la Asamblea Legislativa (29-junio-1976), han saltado a la prensa de cada día, entre otros, estos tres conceptos, cargados de estadísticas y de afectividad. En la situación de temor y pánico, acentuados por las escalonadas publicaciones de diversas asociaciones privadas, se han sentado como afirmaciones no discutibles una serie de tesis: que este intento reformista pone en peligro la iniciativa, la propiedad, la productividad del sector privado, alma de toda la economía; que todos los intentos reformistas de los países, A, B y C han sido un fracaso y que se han visto obligados a echar marcha atrás; que la administración pública, por definición, es incompetente para la gerencia de la producción: una especie de Atila, que donde ponía el pie ya no crecía la hierba; una oposición del sector-público y del sector-privado, que al parecer olvida las protecciones arancelarias y fiscales que recibe del primero.

Ya de entrada llama la atención el menosprecio de la capacidad gerencial de la Administración Pública, cuando la historia actual de los países más avanzados (industrialmente) demuestra lo contrario. Podremos no estar de acuerdo con los regímenes socialistas y encontrarles defectos, pero si en tan poco tiempo han llegado a su actual desarrollo no podemos negarles la eficiencia de su administración pú-

blica en general y su búsqueda actual por una administración más democrática.

En los países capitalistas europeos la inversión y la empresa pública, invaden, en función del interés nacional, una parte siempre creciente de la actividad económica. En los propios Estados Unidos el impacto del sector público adquiere proporciones crecientes, especialmente a raíz de la crisis de los años 30; las grandes investigaciones se han llevado a cabo en colaboración del sector público, las universidades y el sector privado. Mas aún, se va a presentar al Senado un proyecto de ley (Humphrey-Javits) de planificación económica nacional; el conocido economista Robert Heilbroner acaba de publicar un comentario: "Proyecto Norteamericano.- La planificación económica nacional se implantará ciertamente a petición del sector empresarial, en la medida en que desee salvaguardar el sistema capitalista". Al final del artículo se cita la opinión del célebre premio-Nóbel, Wassily Leontief: "La planificación se implantará según lo exija el sector empresarial y no únicamente los radicales. Lo exigirán, no cabe la menor duda, ya que desprovistos de planificación le será difícil al capitalismo sobrevivir más allá del siglo". Y el propio R. Heilbroner concluye: "Creo en última instancia que la planificación es sinónimo de esperanza. La esperanza en cierto modo de que una sociedad económica reajustada es susceptible de engendrar nueva-

mente una concientización social y política elevada. Es más, es la esperanza de que a través de ella podremos dominar una vez más los acontecimientos. Tal afirmación es indispensable para prepararnos para un futuro desmoronamiento de ciertos presagios alarmantes.

Estas citas no dan por supuesto la existencia, sino la exigencia de una administración pública preparada, humana y moralmente, para semejante tarea. Explícitamente lo reconoce nuestro plan de desarrollo económico y social: "Reestructuración Administrativa del Sector Público.- Dado el papel preponderante que corresponde al Estado en la política económica, se considera que la reestructuración administrativa del sector público es una tarea indispensable, ya que la participación estatal en el proceso de desarrollo como aquí se concibe, sin un adecuado aparato administrativo, solamente se traduciría en poca efectividad de las medidas, en una excesiva burocratización y un deterioro de la imagen del Estado frente al público. . ." (Vol. 1o., pág. 95). En este punto las universidades pueden tener un importante papel al prepararle al Estado (igual que al sector privado) técnicos comprometidos, siempre y cuando la animosidad del sector-privado y sector-público se transformen en colaboración para el bien nacional.



1 Tres problemas de la economía.

La insistencia con que los pronunciamientos del sector privado han tocado el tema de la "productividad-empresarial" puesta en peligro, me lleva a una de las primeras lecciones que se exponen al aspirante a economista o administrador de empresas. Los manuales clásicos de introducción a la Economía dicen que son "tres" los problemas que enfrenta esta ciencia: "qué se produce, cómo se produce y para quién se produce". Quizás mejor, deberían decir: "qué se debe producir, cómo se debe producir y para quién se debe producir". Estas tres inocentes preguntas introductorias son bien importantes, porque el modo de responder a ellas es lo que diferencia a los grandes sistemas económicos actuales, y dato a considerar, es lo que ha empujado a regímenes capitalistas avanzados (europeos especialmente) hacia modelos más sociales y democráticos.

A un cierto nivel de abstracción podemos marcar a los agentes económicos dentro de un triángulo, dividido en tres franjas: en la franja inferior sobre la base se halla el "mercado", los ciudadanos o pueblo ("qué se debe producir"); en la franja intermedia, todo el sector productivo con su mercado de factores de producción ("Cómo se debe producir"); y en la cúspide del triángulo el Estado, en cuanto administración pública, garante del "para quién se

debe producir". La palabra "productividad" está ahí implícita, como una relación entre recursos empleados y producción obtenida.

A.- La estructura del mercado.

Analizando la capa inferior o mercado de ciudadanos o pueblo, se plantean dos preguntas: "qué se produce" y "qué se debe producir". Sin utilizar estadísticas ni alusiones, en un mercado de propiedad y productividad privada, "se produce" lo que el mercado pide o le dicen que pida. Y aquí afloran dos o tres problemas.

Primero, que en este mercado el voto no es democrático, sino "monetario"; el desempleado, el analfabeto, el desnutrido o enfermo que no puede trabajar, el desamparado. . ., no tienen billete para votar; alguien les tendrá que ayudar o "no encontrarán cubierto en el banquete de la vida" (R. Malthus).

En segundo lugar, si este grupo de "no votantes involuntarios" es amplio, la demanda global será reducida, el mercado restringido, restringida por tanto la oferta y muy competitiva, baja por tanto la productividad monetaria. . ., y lánguida toda la economía. Ya el buen Malthus de 1820 (mejor conocido por su peor libro sobre la Población, 1797) divide la sociedad en dos grupos: "los que quieren comprar y no pueden y los que pueden y no quieren". Esta distinción es uno de los puntos de partida de la macroeconomía y por ello Keynes rehabilitó la memoria del buen Malthus de 1820.

Esta distinción o disparidad de ingresos constituye uno de los escollos estructurales que frenan todo crecimiento. Nuestro Plan de Desarrollo presenta así el problema: una política de crecimiento "hacia afuera" se ve limitada por la brecha creciente entre pagos progresivos de importaciones e ingresos cíclicos de exportaciones; si, cambiando de corriente, se intenta promover un crecimiento "hacia adentro", que se alimente de la demanda generada internamente en el país, "de nuevo la respuesta a este interrogante conduce al señalamiento de las deficiencias que producen los patrones de distribución de la riqueza y los ingresos". (Vol. 1o. pág. 55).

Para iluminar este problema o escollo estructural el Plan de Desarrollo presenta como ejemplo la forma de distribución de la tierra: "Al presente no se dispone de cifras actualizadas, que indiquen cómo el ingreso nacional se distribuye entre los salvadoreños; sin embargo se reconoce que en El Salvador existe una disparidad bien pronunciada en la distribución de los ingresos que genera la producción, tomando en cuenta las condiciones de vida y otros indicadores relacionados con esta situación. Como un ejemplo el cuadro siguiente indica la distribución de la tierra en El Salvador, según datos censales de 1961.

Distribución de la superficie en fincas

| | Fincas | | | Superficie | | |
|----------------------|----------------|------------|---------------|----------------|------------|---------------|
| | Número (miles) | Porcentaje | o/o Acumulado | Número (miles) | Porcentaje | o/o Acumulado |
| A) De 1 a 10 Has. | 207,3 | 91,4 | 91,4 | 346,2 | 21,9 | 21,9 |
| B) De 10 a 50 Has. | 15,2 | 6,7 | 98,1 | 326,0 | 20,6 | 42,5 |
| C) De 50 a 200 Has. | 3,3 | 1,5 | 99,6 | 313,2 | 19,8 | 62,3 |
| D) De 200 y más Has. | 1,0 | 0,4 | 100,9 | 596,0 | 37,0 | 100,0 |
| Total | 226,8 | | | 1,581,4 | | |

Fuente: Censo Agropecuario-1961.

Según los datos anteriores, el 91,4 o/o de propietarios posee únicamente el 21,9 o/o de la tierra y el otro extremo un 0,4 o/o posee un 37,7 o/o de las tierras; aún más, si se unen los estratos C y D, que ocupan a las fincas superiores a 50 hectáreas, resulta que el 1,9 o/o de los propietarios poseen el 57,5 o/o de las tierras. Estas cifras con un indicador de la alta concentración de la tierra en unas pocas personas, hecho que permite llegar a la conclusión de que el ingreso generado por la producción nacional tiene que seguir un patrón de distribución similar. . .” (Vol. 1o, pág 5 y 6). Como un indicador complementario, llama la atención que el total de declaraciones con renta imponible no alcance en 1973 sino la cifra de 22.511, en un país de cuatro millones de habitantes; tal cifra no puede explicarse sólo por el arte de la evasión fiscal.

Volviendo a nuestro mercado interno, tenemos que concluir que semejante distribución de riqueza e ingresos no favorece ni las ventas ni la producción. Sería lógico deducir que toda reforma que tienda a una mayor igualdad o por lo menos a una menor disparidad de ingresos venga a favorecer la productividad y la iniciativa del sector empresarial; así nos lo enseña la macroeconomía y la historia.

En caso contrario, si se dejan correr las cosas, y si la demanda nace de un sector más restringido, la producción se centra en aquellos bienes y servicios, que “pueden ser pagados” y que históricamente sólo en parte coinciden con los bienes y servicios que “deben ser producidos”: así lo impone el criterio de la “rentabilidad-monetary”. Esto conlleva que el “nivel de precios” de los bienes y servicios “pagados” tienda a ser “alto”: las estadísticas podrán decir que nuestro nivel de precios “ha subido” lentamente (hasta los años de la inflación); esto vale para quienes tienen (o tenemos) un cierto poder de compra; pero si el nivel de precios es alto, aunque suba despacio, quienes carecen de ingresos meramente subsisten. Basta para ello hacer un pequeño

cálculo: valorar los bienes y servicios, no en pesos o dólares, sino en salarios diarios o semanales campesinos u obreros; ¿cuántos días de trabajo cuesta un par de zapatos, un vestido, tales piezas del ajuar doméstico, un kilo de tal cosa, un alquiler de vivienda, una herramienta de trabajo. . . , una refrigeradora, un televisor, un automóvil. Si hacemos un presupuesto familiar valorado en días o semanas de trabajo podremos tener una idea más exacta del nivel y género de vida posible para ese amplio sector de la población.

En algunas de las publicaciones editadas por asociaciones del sector privado se ha comentado (y fotografiado) el racionamiento a que se han visto forzados países que intentaron reformas sociales. Es cierto que el “racionamiento” es una forma de distribuir lo poco que hay, y quizás el peor racionamiento no es el que se puede fotografiar. En Europa, durante los años de guerra y postguerra teníamos la cartilla de racionamiento, más útil que la cédula de identidad; era preciso hacer fila diaria o semanalmente para que las reservas escasas se distribuyeran entre todos, hasta que el sacrificio común del consumo generó una mayor producción a distribuir libremente: es un ejemplo concreto de como una buena distribución se transforma en mayor producción. Un racionamiento tal, soportado por todos era más llevadero para todos; se trataba de una calamidad nacional y de un resurgimiento nacional: esos países resurgieron del racionamiento, del sacrificio, del ahorro nacional. Lo que sí es intolerable es un racionamiento que grave sobre un sector, frente a la ostensión de otro sector; esto profundiza y enerva la conciencia del sector subdesarrollado.

Desde esta estructura de mercado se ha hablado con cierto desdén de la temida “planeación” del consumo. Seamos sinceros: toda economía está planificada, y la mejor planificación es la que viene escrita y preanunciada. Las economías llamadas “de mercado” están aparentemente guiadas (planifica-

das) por "su majestad el consumidor"; en realidad las planifica la empresa, la gran empresa, quien decide el "modelo" que se va a producir y comprar, los precios y las cantidades. Eso lo sabe el empresario nacional: la planificación comienza por la "tecnología que importamos, el equipo que tenemos que utilizar, las materias intermedias y productos casi terminados que hay que poner en el mercado; la mayoría de las empresas se tienen que contentar (son filiales o mixtas) con dar los últimos toques a bienes que "así" vienen de fuera en cantidades y precios. Después la planificación utiliza los servicios de la "publicidad"; y el público "somos" tan influenciados que nos dejamos dominar por la "moda" y el efecto-demostración", en virtud del cual cada uno trata de imitar el género de vida de quien se halla en el piso superior de ingresos: las páginas sociales son el anzuelo. Buena parte del "consumo a crédito" se lo debemos a la publicidad, al "estar a la moda", al cumplimiento social. ¿Sociedad de consumo o sociedad de consumidos?

Seamos sinceros para reconocer que en nuestra sociedad de contrastes juega una planificación no escrita, proveniente de la franja intermedia, del sector productivo, él también planificado por la dependencia externa. Es el "efecto-dominación" expuesto por el economista francés F. Perroux y que se aplica a todas las economías: "efecto-dominación" que explica la acción asimétrica y prácticamente irreversible de A sobre B, sin que B apenas pueda replicar; el dominador A puede ser una gran empresa, un centro financiero, portuario, industrial, una región dentro de la nación, una nación en el mercado internacional. Lo que constituye el "efecto-dominación" de A sobre B es el "tamaño" de la unidad, su "producción-clave" y el "poder de discusión" (imposición) que ello le confiere.

Más o menos esta es la estructura nacional de producción y de mercado en que vivimos; estructura que no la ha hecho nadie en concreto, porque la hemos ido construyendo entre todos; estructura que va a exigir un gran esfuerzo tanto del sector público como del sector privado, si se quiere llevar a cabo esa "transformación sana y justa", en que todos parecen coincidir, aunque cada cual dé un significado diferente a esas tres palabras "transformación-sana y justa".

B.- El mercado olvidado.

Si hasta ahora se ha intentado esquematizar la estructura de nuestro mercado, podemos a continuación preguntarnos por el "qué se debe y para quién se debe producir". De una manera general, la economía debería satisfacer las crecientes necesidades humanas y sociales, elevar el bienestar material y cultural de la población. Más en concreto, con el Plan de Desarrollo en la mano, se pudieran traducir esas necesidades en estadísticas de desempleo, alimentación, vivienda, sanidad, educación. . . De momento y haciendo quizás un aterrizaje un tanto brusco prefero remitirme a dos cortos párrafos de la encíclica "Populorum-Progressio" (El Desarrollo de los Pueblos), dirigida por el Papa Paulo VI (1967) a "todos los hombres de buena voluntad"; estos párrafos nos describen toda una "situación" todavía en vigor: "El desarrollo de los pueblos y muy especialmente el de aquellos que se esfuerzan por escapar del hambre, de la miseria, de las enfermedades endémicas, de la ignorancia; que buscan una más amplia participación en los frutos de la civilización, una valoración más activa de sus cualidades humanas; que se orientan con decisión hacia el pleno desarrollo, es observado por la Iglesia con atención. Apenas terminado el Segundo Concilio Vaticano una renovada toma de conciencia de las exigencias del mensaje evangélico obliga a la Iglesia a ponerse al servicio de los hombres para ayudarles a captar todas las dimensiones de este grave problema y convencerles de la urgencia de una acción solidaria en este cambio decisivo de la historia de la humanidad. . . Verse libres de la miseria, hallar con más seguridad la propia subsistencia, la salud, una ocupación estable, participar todavía más en las responsabilidades, fuera de toda opresión y al abrigo de situaciones que ofenden su dignidad de hombres; ser más instruídos; en una palabra, hacer, conocer y tener más para ser más; tal es la aspiración de los hombres de hoy, mientras que un gran número de ellos se ven condenados a vivir en condiciones que hacen ilusorio este legítimo deseo" (No. 10. y 60).



Si aceptamos este enunciado, se trata de algo más que de una reforma agraria nacional; el problema estructural es más de fondo. La encíclica describe para los países avanzados la situación de los subdesarrollados y sus aspiraciones. Radio Moscú y el diario Pravda celebró la encíclica, como una crítica al capitalismo; pero en economía también juega la "ley de la gravedad", según la cual el mundo se divide, no sólo en Este y Oeste, sino quizás más en Norte y Sur. El hemisferio Norte, el patrón o dueño de los medios de producción, ha caído en conjunto en los mismos pecados mundiales de enormes gastos bélicos, enormes inversiones en investigación espacial y gran propaganda antinatalista para el hemisferio-Sur de los proletarios. Este es el mundo del "efecto-dominación" del Norte sobre el Sur (o ley de la gravedad) en que nos ha tocado vivir y llevar la peor parte. Lo doblemente triste es que al interior de cada país tengamos una réplica nacional de ese dualismo mundial. Por eso el problema es para largo, pero al mismo tiempo es urgente. Parece que se impone la transformación por una "violencia pacífica", con el esfuerzo de todos los hombres de buena voluntad que tienen algo que dar, para evitar la "violencia descontrolada" por el odio, el arribismo y el espíritu de revancha.

II La productividad en la reforma agraria.

Tanto en las publicaciones de los diversos sectores privados como en las respuestas del gobierno el tema de la actual y futura productividad del sector agrícola ha sido bien comentado; quizás no nos ha quedado muy claro si esta productividad en el distrito considerado es alta o baja, porque con las estadísticas se pueden hacer juegos de manos y se puede mentir. Con razón un economista ha definido a la media como "una niveladora despiadada que oculta las mayores desigualdades": tal por ejemplo nuestro "ingreso promedio". De todas formas, hablar de productividad es hablar de "cómo se produce" o "del modo de producción"; sólo que por ser tres los problemas, no se puede desligar el "cómo se produce" del "qué y para quién se produce". La economía, en última instancia, no trabaja con números o productos físicos; en cuanto ciencia social, la economía estudia al hombre, las aspiraciones y verdaderas necesidades del hombre y de todos los hombres: "tener más para ser más". La economía, la buena administración de lo escaso, es un medio, y no un fin, para que todos los hombres puedan "ser más".

A.- La importancia de la productividad.

Si en todo país es importante la productividad lo es más vitalmente en los países pobres, de escasos recursos; las naciones pobres y endeudadas no pueden despilfarrar ni recursos físicos ni capital financiero, sea propio, sea del sistema bancario (huída de capitales), ni menos desutilizar el recurso humano, que es el "factor-capital", en cuanto que "capital" viene de "caput"- cabeza, dignidad. La productividad, como su nombre lo indica, no es el arte de vender bien, sino de producir bien al menor costo posible. Y aquí entra una vez más el problema de la tecnología: repetimos que en general nuestra tecnología no es indígena sino importada; una tecnología exigente de mucho capital (que no tenemos) y menos mano de obra (con la que sí contamos; una tecnología, que nos hace prácticamente imposible competir en el mercado internacional (Plan de Desarrollo) y una tecnología o una productividad industrial que, para poder sostener la competencia al interior del país, necesita de fuertes aranceles y de costosas exenciones de impuestos a la importación de equipo y de materias primas, con lo que muchos millones no llegan al tesoro público, mermando las posibilidades de otras inversiones sociales. Los países pobres afiliados a la UNCTAD, el llamado "grupo de los 77", han propuesto un "Código Internacional para la Transformación de Tecnología" (Ginebra, 1975). La tecnología se ha convertido en un amarre



más de la dependencia, que gravita sobre la “productividad” de nuestro naciente sector industrial. Como dato adyacente, en el trabajo presentado por el Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de El Salvador al segundo congreso de economistas, titulado “Las Inversiones Extranjeras”, se numeran 160 empresas domiciliadas en El Salvador, con aporte de capital extranjero, origen y monto del capital invertido, nombre de la empresa extranjera, volumen de ventas y tasa de ganancias al 31 de diciembre de 1973. En este marco impuesto es que hay que hacer la elección sobre el “modo de producción” y sobre el “objeto de la producción”, que ocupe más de lo que tenemos y menos de lo escaso. Esto sí es un reto a la imaginación y a la iniciativa privada, aunque la simple “productividad-monetary” no lo va a resolver. Sencillamente, que por gusto nadie se mete a producir lo que no “rinde”, aunque frecuentemente haya que producirlo.

Pero de lo que más se ha venido hablando es de la productividad agrícola, del temor que dicha productividad decaiga con los cambios de manos de la reforma agraria. Aparentemente se plantea un dilema: ¿productividad o mayor igualdad?— No hay duda de que la productividad física agraria es clave, en teoría, para el conjunto de nuestras economías.

A diferencia de la mayoría de los países industrializados, en nuestros países subdesarrollados la variable clave y autónoma es o son las exportaciones. Variable autónoma en cuanto que de ella dependen las importaciones y por tanto la inversión; además, dada la ausencia de un amplio mercado de capitales para financiar los déficits presupuestarios junto con la elevada propensión a importar, el gasto público no puede exceder durante largo tiempo de los ingresos fiscales, en buena parte derivados de la exportación; también el consumo, directa o indirectamente (efecto-multiplicador) queda afectado por el volumen de las exportaciones. Resumiendo, las grandes variables de la economía, consumo, inversión, importación y gasto público guardan estrecha correlación, para bien o para mal de la economía, con el volumen de las exportaciones. Lo malo es que no podemos dominar a esa variable “autónoma” de la exportación, sometida a la “acción de Dios o del Príncipe”, es decir a los caprichos meteorológicos de aquí o del Brasil y al predominio de los príncipes de este mundo, que fijan los precios y cuotas internacionales. Y así nuestras economías se ven sometidas a unos vaivenes “acelerados” de la coyuntura internacional, donde “cada día cuesta más caro el ser pobre”.

Más o menos con estos argumentos se ha enfatizado simultáneamente la trascendencia nacional



de las exportaciones tradicionales, el papel clave desempeñado por los correspondientes “productores” y el temor de que tal rendimiento se vaya al traste con la transformación agraria. Sin embargo para ir más al fondo del impacto nacional de las exportaciones (tradicionales) y apreciar más ponderadamente el dilema presentado: “mayor igualdad frente a mayor productividad”, conviene renovar la pregunta “productividad mayor ¿para quién?”

B.- La productividad agrícola “río-arriba y río-abajo”.

Esta expresión “río-arriba y río-abajo” hace referencia al origen y al destino de las exportaciones tradicionales. En primer lugar “exportación” se contrapone a producción para el mercado interno, bienes alimenticios populares. ¿Quién determina las tierras y las cantidades de bienes exportables y productos alimenticios internos de que se beneficiará el país?: ¿las necesidades del consumidor nacional o la rentabilidad del mercado internacional?— De hecho la producción y comercialización de los productos exportables se ha beneficiado de buenas técnicas y suficientes líneas de crédito, aunque siempre estén sometidos a los vaivenes internacionales y a los riesgos y pérdidas. Nadie quita el riesgo, la iniciativa y la imaginación. Los productos alimenticios de uso interno, en general, no han gozado de tanto privilegio, no se hallan protegidos en “zonas francas de inflación” para beneficio de las clases populares; y entonces le ha tocado al Estado, a través de aciertos y desaciertos, bien resaltados por la prensa, suplir esas deficiencias. Ahí queda un problema nacional, que difícilmente se soluciona si priva el criterio de la “productividad monetaria” y que en muchos países reclama la política estatal de sostenimiento de precios agrícolas.

En segundo lugar podemos seguir el destino de esas exportaciones, de los ingresos que ellas producen, que se dice son claves para la economía del país. El comentario es breve y quizás no disponga-

mos de estadísticas muy exactas al caso, aunque sobran los signos externos. ¿No hay pruebas bastante eficientes de que un buen porcentaje de esos ingresos quedan fuera por “motivo-precaución diversión.. sin reactivar en nada la economía nacional? Como que los reporteros de las páginas sociales demuestran un terco interés en hacernos saber quiénes salen y regresan. . . ¿Muchos de esos ingresos no se traducen en “importaciones-demostrativas”, que ni los aranceles logran frenar? Y en la balanza de pagos pesa más un carro de lujo que diez toneladas de arroz. ¿Qué porcentaje de estos ingresos regresa al campo y a mejoras sociales del hombre del campo, que colaboró de sol a sombra a tal producción? ¿No se ha dado una “acumulación-primitiva”, una exportación monetaria del sector agrícola, que ha servido a financiar al sector de la capital y del capital? . . . Estas preguntas son demasiado simplonas y sin cifras, pero algo suficientes para renovar la pregunta: ¿productividad, para quién?

Y si de las cantidades físicas o ingresos monetarios por hectárea, yendo hacia el origen o “río-arriba”, hacia el modo de producción agrícola en general, nos encontramos con fuertes “deseconomías-externas” derivadas del mismo. Este argumento de las “deseconomías-externas” agraria, expuesto por economistas como Singer, Miynt. . . , comporta un aspecto macro-económico y un aspecto social o “costos sociales”. El aspecto macroeconómico viene a señalar que, a consecuencia del modo de tenencia y del contenido de la producción de esas tierras, tanto los ingresos devengados como los días trabajados son escasos; incluso cada medio peso que se promulgue subir el salario pone en conmoción a todos los productores: como que el sistema de producción no permite pagar más sin peligro de quiebra. Este modo de producción agrícola exige que en tres o cuatro meses del año se pueda disponer de una reserva de mano de obra, que peregrina en busca de un complemento de ingresos y que luego queda en libertad de





no trabajar. Se podrá interpretar esto como algo folklórico o tradicional, pero en el fondo es un cruel signo de desempleo y de necesidad. Por las razones que sean, los bajos sueldos y por añadidura estacionales para un amplio sector de la población campesina signifiquen bajo poder de compra, escasa capacidad de satisfacer las más elementales necesidades humanas. También se va a resentir con ello la industria y el comercio: la "deseconomía-externa" alcanza a estos últimos, que no se sienten catalizados por esa demanda deficiente; no juega el multiplicador de los ingresos, sino un estado estacionario de subsistencia.

A modo de ilustración vale la pena trasladar los datos económico-sociales presentados en una de las respuestas del gobierno a los sectores privados." Respecto a la afirmación de que el área del proyecto es una de las regiones mejor atendidas del agro salvadoreño, ya que en el punto 2o. nos hemos referido a la productividad; pero el Gobierno de la República entiende que la ANEP se refiere también a los aspectos sociales, dada la sensibilidad que manifiesta tener en sus consideraciones. Con relación a dichos aspectos, el índice de analfabetismo en el área del proyecto es del 65 o/o, muy encima de la media nacional; el déficit de servicios sanitarios es del 98 o/o; el déficit de agua potable es de 50 o/o; y el de vivienda el 35 o/o. Además la población del área es de 112.522 personas, lo que arroja una densidad poblacional de más de 200 habitantes por kilómetro cuadrado, superior a la densidad nacional que es de 180 habitantes por kilómetro cuadrado. Las condiciones de desempleo del área son de 54,3 o/o de la población económicamente activa, de manera que las expectativas de trabajo de los campesinos del área son apenas de 141 días al año. La situación de ingreso, que está a la base de los datos expuestos, puede apreciarse mejor si se considera que el 38 o/o de los propietarios agrícolas del área poseen un promedio de media manzana (exactamente 0,51 manzanas); lo que significa que el ingreso proveniente de la explotación de sus tierras oscila entre Q 92,40 y Q 128,45 o dicho de otra manera, que estas familias obtienen de su tierra 35 centavos diarios". (Respuesta del Gobierno de la República; El Diario de Hoy, sábado 10 de julio de 1976; pág. 33).

Este botón de muestra, a cargo del sector público o del sector privado, ilustra lo que los economistas entienden por "deseconomías-externas" agrarias. Una estructura agraria así no puede ejercer ningún impacto dinámico fuera del sector, mientras que en su interior se van generando enormes "costos-sociales", que no se contabilizan en el pasivo de la "productividad-monetaria".

En efecto, el proceso de cultivo y especialmente de recolección no exige una mayor competencia técnica del campesino; prueba de ello la utilización estacional de mujeres y niños. Las principales herramientas son las manos y el machete. Es un género de trabajo que no educa al campesino; mientras que la temida máquina ha ido exigiendo mayor competencia y preparación profesional en el obrero industrial, asumiendo la máquina la mayor parte del trabajo bruto, esos métodos ancestrales de producción y recolección, típicos de muchos países latinoamericanos, no educan ni profesionalizan al trabajador. Hay siempre sus excepciones. Trabajo monótono, estacional y embrutecedor, poco técnico y poco remunerado, que fácilmente termina en el olvidapenas del alcohol, que viene a cerrar más el círculo vicioso de la devaluación personal. Si a esto se añade una deficiencia educacional adaptada a sus necesidades, una deficiencia nutricional, habitacional, sanitaria. . . , por indigencia de muchos, porque el "capital va a la capital", nos encontramos con un enorme costo social, una devaluación de personas, ricas sí en virtud y aguante. Hay algo más que "pasividad crioilla": pero ¿hasta cuándo?

Incluso hay una argumentación implícita en los manifiestos de la prensa y que viene a confirmar lo expuesto: se teme que esos campesinos, sólo o agrupados, no sean capaces de gerenciar las tierras, de formar cooperativas, de apreciar y aplicar las técnicas, modernas, en una palabra de hacer producir. Prescindiendo por el momento de que los artículos 21 al 29 del Decreto en cuestión pretendan salir al paso de estos problemas de adaptación (organización de asentamientos, asistencia técnica y crediticia. . .), la misma pregunta es acusatoria: ¿de quién es la culpa si la profecía resulta cierta?— Personas que por generaciones y día tras día han realizado con sus manos esas tareas estacionales ¿se han vuelto progresivamente incapaces de valerse por sí mismos o con una asistencia técnica-crediticia? -Entonces es el sistema o modo de producción quien parece haberlos convertido en "seres para otros". Porque el aprendiz aprende y el oficial pasa a maestro y así han salido de abajo muchos empresarios industriales y comerciales, que con razón se vanaglorian de ello. ¿No puede suceder lo mismo en el campo?

Toda esta argumentación presupone el mérito de empresarios agrícolas que han logrado montar fincas modelos en producción, que han transformado lugares salvajes y deshabitados en tierras productivas, que han obtenido esas tierras, no por apellido, sino con un ahorro personal, uniendo su imaginación e iniciativa al trabajo diario del campesino, y han hecho de ello su modo de vida. Incluso puede suceder que en una reforma general, donde es tan difícil señalar "superficies" a la justicia social, paguen justos por pecadores en pro de un bienestar más amplio y social. De todas formas y en bloque parece que "a la tierra se le ha sacado bastante"; que la capital y los negocios de la capital y quienes vivimos en la capital nos hemos beneficiado bastante con los ingresos extraídos del campo, si es cierto que las exportaciones son la "sangre de nuestra economía". Parece que ha llegado el tiempo de devolver al campo y mejorar a los hombres del campo.

Por ahí anda la "función social de la propiedad" y así nos lo recuerda la encíclica "Populorum Progressio": "Es decir que la propiedad privada no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto. No hay razón para reservarse en uso exclusivo lo que supera a la propia necesidad, cuando a los demás les falta lo necesario. En una palabra: el derecho de propiedad no debe jamás ejercitarse con detrimento de la utilidad común, según la doctrina tradicional de los Padres de la Iglesia y de los teólogos. Si se llegara al conflicto entre derechos privados y adquiridos y las exigencias comunitarias primordiales, toca a los poderes públicos procurar una solución con la activa participación de las personas y de los grupos sociales. El bien común exige pues algunas veces la expropiación, si por el hecho de su extensión, de su explotación deficiente o nula, de la miseria que de ello resulta a la población, del daño considerable producido a los intereses del país, algunas posesiones sirven de obstáculo a la prosperidad colectiva" (No. 23-24).

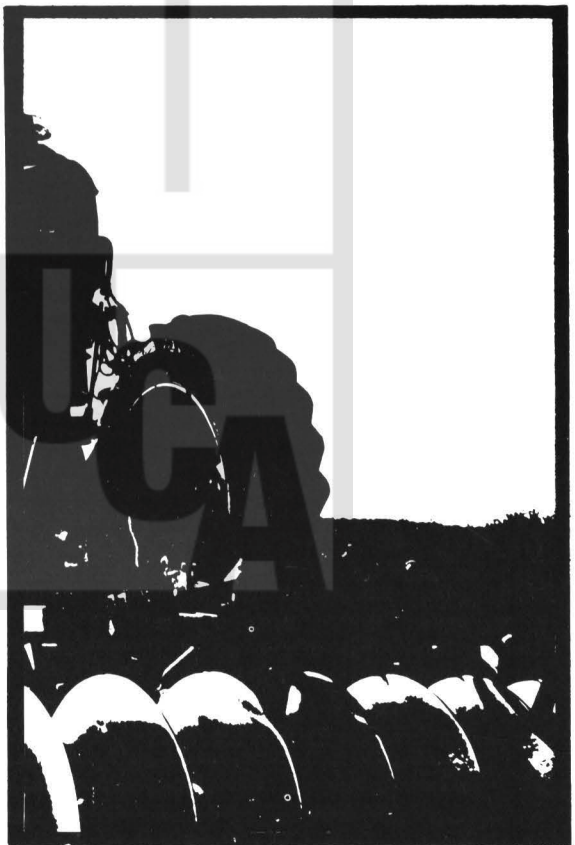
III

Planificación ¿para qué?

La palabra "planificación" puede sonar a centralismo y planes quinquenales detallados. Pero la palabra "planificación" es uno de los términos más manejados por la "empresa"; toda empresa tiene que planificar hasta los últimos detalles, que no se pueden dejar a la improvisación y libre iniciativa de cualquier empleado: todo tiene que ir bien engranado y a tiempo, comenzando por la hora de entrada y de salida. No se planifica la salida del sol; pero sí planificamos lo complicado y sometido a imprevistos. Lo que nos admira de las grandes em-

presas es "lo bien planificado que lo tienen todo" Los hombres que hacen la planificación no deben temer la planificación.

También nos vamos acostumbrando y apreciando la planificación más amplia de nuestras ciudades: el tráfico puede ser un ejemplo. Por experiencia sabemos que un tráfico planificado, con señales y semáforos, nos permite ir más seguros y más rápidos: sin señales de tráfico habría que detenerse en cada esquina, robar carril, competir. . . Sin control del tráfico los grandes camiones llevarían las de ganar sobre el pequeño automóvil: la planificación evita así las desigualdades. Por supuesto que una mala planificación sería el caos: si el semáforo enciende "verde" de ambos costados, catástrofe planificada. Además la planificación del tránsito permite usar carro propio, y elegir el origen y el destino del viaje; lo que se imponen son normas de conducirse por el bien común. Si a pesar de tanta regulación se producen embotellamientos, se desea la presencia del representante público, el gendarme que desembrolle el atasco. Y todos estamos de acuerdo en que se penalice a quien no se atenga a esas normas de circulación.



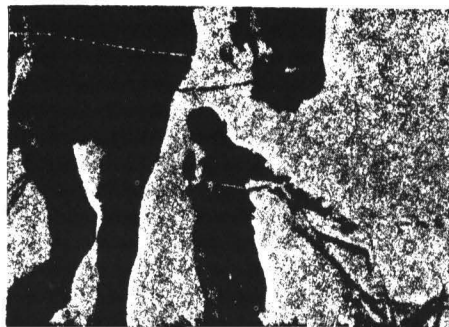
Esto no deja de ser un simple ejemplo, porque a la planificación a la que se teme es aquella que obliga a viajar en automóvil público, con origen y destino prefijado. Y ¿qué hay de esto en la economía?

A. — La planificación en el sistema capitalista.

La economía capitalista también está planificada: en las economías de mercado la empresa planifica la empresa, pero también planifica el mercado. Las grandes empresas de grandes costos fijos no pueden someterse a los vaivenes y caprichos del mercado; para sobrevivir tienen que dominar. Se ha dicho que “lo oligopolio es hijo del infortunio”; en efecto los carteles y entendimientos de los grandes se perciben claramente a partir de los años 1870 aproximadamente, en que se inicia la segunda onda larga descendente (N. Kondratieff) en la historia del capitalismo. Desde entonces, si se trata de monopolios se esfuerzan por imponer el modelo, la cantidad y los precios. Si son oligopolios, o se reúnen en acuerdos de carteles repartiéndose el mercado, o permanecen en competencia tal que nadie da un paso de miedo, que el otro dé dos, y los precios quedan fijos en el mercado. Además la gran empresa ha ido aprendiendo que “el gran beneficio del monopolista es la tranquilidad”; de la competencia entre grandes al entendimiento entre ellos sobre el qué y cuánto poner en el mercado. En una entrevista con Wassily Leontief, el iniciador de las matrices intersectoriales” afirmó que donde más se habían desarrollado estas técnicas era en los Estados Unidos, pero quien más las había utilizado era la gran empresa. En los países europeos, especialmente en Noruega, habían sido mejor utilizadas para la planeación de la economía nacional.

Cuando en el pasado y comienzos del presente siglo se dejó el timón de la economía a la “libre iniciativa” de la mano invisible, del empresario innovador schumpeteriano seguido de la inversión “gregaria” (en rebaño), el resultado fueron trece grandes crisis de 1825 a 1930; en las universidades se imparte un curso de “movimientos o ciclos económicos”. No quiere esto decir que la planificación suprima toda perturbación: en las actuales economías socialistas y en las capitalistas más planificadas sigue habiendo oscilaciones, y esas economías suben y bajan bastante uniforme y unísonamente, pero no con la brusquedad y quiebras de las pasadas décadas. Al mismo tiempo la economía se ha ido complicando, haciéndose más compleja, más interdependiente nacional e internacionalmente, y hay que “unificar tan dispares objetivos en un objetivo nacional”.

Volviendo una vez más a la encíclica “Populorum — Progressio” define así la naturaleza de los



“Programas y planificación”: “La sola iniciativa individual y el simple juego de la competencia no serían suficientes para asegurar el éxito del desarrollo. No hay que arriesgarse a aumentar todavía más la riqueza de los ricos y la potencia de los fuertes, confirmando así la miseria de los pobres y añadiéndola a la servidumbre de los oprimidos. **Los programas son necesarios para animar, estimular, coordinar, suplir e integrar la acción de los individuos y de los cuerpos intermedios.** Toca a los poderes públicos escoger y ver el modo de imponer los objetivos que hay que proponerse, las metas que hay que fijar, los medios para llegar a ellas, estimulando al mismo tiempo todas las fuerzas agrupadas en esta acción común. Pero ellas han de tener cuidado de asociar a esta empresa las iniciativas privadas y los cuerpos intermedios. Evitarán así el riesgo de una colectividad integral o de una planificación, que al negar la libertad excluiría el ejercicio de los derechos fundamentales de la persona humana” (No. 33).

Al parecer la encíclica se está refiriendo o inspirando en la “planificación-indicativa” (activa), llevada a cabo en la mayoría de los países capitalistas europeos, con tendencias más sociales. No hay duda de que estas economías capitalistas van evolucionando hacia una más intensa planificación de sus sectores interdependientes, mientras que las economías socialistas, inicialmente muy centralizadas evolucionan en la esfera económica-hacia la política de las “cuatro-des”: descentralización, desestatización, despolitización, democratización; se ha acuñado la expresión de “socialismo-competitivo”. Por lo que hace al caso de los Estados Unidos hicimos mención del proyecto de ley para el Senado sobre “la planificación económica nacional”.

Con ocasión de la gran crisis de los años 1930 (sobre la que se preguntó si fue una crisis “EN” o “DEL” sistema capitalista), J.M. Keynes, el “médico del capitalismo”, basó su Teoría General en la tesis de que el sistema no podría salvarse sin la “manovable” del Estado; habló de socialización de las inversiones, de oficinas de control y orientación. . . A raíz de su teoría florecieron en todos los países capitalistas los libros-blancos, planes de desarrollo, New-Deal, Acta de Empleo. . ., asociándose las políticas indirectas de dirección económica. El Estado deja de ser un gendarme que ve pasar la circulación, para convertirse en Estado-Arbitro y Jugador: da las normas y juega. A partir de ese momento una ley histórica nos muestra la parte creciente de la inversión y de la empresa pública en las economías capitalistas avanzadas. Si el siglo 19 fue el siglo de la inversión privada, el siglo 20 es el de la inversión pública, y esto sin contar a las economías socialistas. ¿Qué razones pueden buscarse a este fenómeno?

En forma sencilla pueden enumerarse los siguientes motivos. Hay sectores económicos productores de bienes y servicios de elevado interés nacional pero que no son atractivos o rentables para el sector privado; ahí se halla la salud, la educación, la higiene pública, vivienda mínima. . . En una sociedad democrática estos servicios personales deben estar abiertos a todos los ciudadanos, y a medida que se desarrolla la conciencia y la seguridad social se expanden estos sectores. Hay empresas de elevados costos fijos y de elevada utilidad social, que por el tipo de tarifas económicas que deben aplicar difícilmente logran cubrir sus gastos de explotación: tales pueden ser los ferrocarriles, transportes urbanos e incluso aéreos, servicios de electricidad o gas. . ., y no se les puede dejar quebrar. También ha sucedido que algunas grandes empresas funcionan bien en expansión y prosperidad pero deberían declararse insolventes en las grandes contrataciones económicas: tampoco el Estado lo puede permitir, porque la quiebra de una gran empresa repercute en otras empresas clientes o abastecedoras, en el sistema bancario y en un amplio desempleo en cadena del sector laboral. En los dos últimos casos el Estado se ha visto obligado a “echar el flotador”, a nacionalizar la empresa o formar una institución mixta o en encomienda.

Como el Estado tiene que gastar cada vez más en infraestructura física y social, a veces funda o se apropia de algunos monopolios con el fin de nutrir las arcas del tesoro público: monopolios de tabaco, de los fósforos, gasolina, alcohol. . . Pero sobre todo, dada la complejidad e interdependencia de las economías modernas, hay sectores o industrias que quien las controla, controla toda la economía: quien controla la banca, el acero, la electricidad, el átomo o la energía en general, las minas o el cemento, el transporte u otros medios de comunicación, según la estructura productiva de cada país, controla el conjunto de la economía. Aunque una huelga de estivadores, carteros o aun basureros pueden paralizar la actividad económica, con todo hay sectores claves que estructuralmente la dominan. Entonces, ¿se puede dejar que personas o grupos particulares tengan tal poder monopólico sobre el conjunto de la nación?; ¿lo utilizarán para el interés nacional o individual?— Esta interdependencia y gravitación de toda la economía sobre sectores básicos o estratégicos explica porque el Estado se apropie, inicie por su cuenta o llegue a una forma intermedia o paraestatal en estas industrias.

Además las necesidades crecientes de infraestructura física (carreteras, represas, puertos, redes de ferrocarril o de distribución de energía. . .) y de infraestructura social (servicios personales y seguridad social) reclaman una siempre creciente inversión pública.

Por otro lado hay que coordinar una economía tan multisectorial y tan interdependiente; esto sólo lo puede hacer una administración pública, a condición de que se haga a sí misma competente. La empresa planifica y coordina su propio interior, donde cada oficina o taller es un abastecedor y un cliente dentro de la cadena productiva. Coordinar toda la economía nacional es al mismo tiempo más difícil y más necesario. Cada industria tiene su serie de industrias abastecedoras y su serie de industrias clientes (matrices intersectoriales insumo-producto). Cualquier incremento programado en un sector repercute directa e indirectamente en muchos otros sectores de la economía; sin coordinación, habrá invendidos o cuellos de botella, es decir, frenazo y crisis en la economía. No se puede dejar a cada sector "ir por su cuenta", porque, lo quiera o no lo quiera, él es una pieza dentro de un engranaje total. La interdependencia es no sólo interna sino internacional: con las exportaciones hay que financiar las importaciones, y entre las importaciones hay insumos o productos claves, abastecedores de múltiples sectores, a las que hay que privilegiar y proteger; es-



to conlleva frenar o cerrar el paso a otras importaciones no dinamizantes o no necesarias, especialmente en los países pobres. Y hay que montar un aparato de comercialización competente para colocar las exportaciones en el mercado mundial y lograr un cierto "poder de discusión": un ministerio de "defensa económica".

La actividad económica no sólo hay que coordinarla en el tiempo, sino también en el espacio; y tenemos todo el desarrollo de la "economía espacial", sea bajo las directivas de las matrices de "bloques o familias industriales", sea emprendiendo la ardua tarea de la "zonificación regional". En efecto, las empresas no se han ubicado preferentemente en las cercanías de sus fuentes de aprovisionamiento de insumos o mano de obra o de sus destinatarios, sino allí donde han encontrado una infraestructura física o administrativa para el equipo productivo. Esto ha dado lugar a un incremento artificial del costo de transporte de insumos y productos ("tiempos y movimientos" de la empresa), que se pretende remediar con las directivas de las matrices de bloques industriales. Pero el resultado socialmente más costoso ha sido la concentración industrial en ciertos polos de atracción y aglomeración: el paso del primario del secundario-terciario ha conllevado traslados masivos de la población del campo a la ciudad; capitales superindustrializadas y superpobladas en contraste con zonas abandonadas. El regreso al campo se comenzó a realizar bajo la forma de "ayuntamientos-dormitorios": se trabaja en la ciudad y se duerme en el campo.

Esto ha dado lugar a que en todos los países capitalistas y socialistas, al mismo tiempo que se frena el crecimiento de esos centros "irracionales", se emprenda la tarea de erigir nuevos polos de desarrollo y desconcentración, a los que hay que preparar su infraestructura física y social: programas de desarrollo espacial equilibrado. Esto ha sido parte de la política de "trabajos públicos" en todos los países, y esto ha conllevado frecuentemente nacionalizaciones y expropiaciones indemnizadas, y presiones indirectas de reubicación empresarial. Un ejemplo, la ley de dominio sobre el Valle Tennessee en los Estados Unidos, a raíz de la crisis de 1930.

Esta sencilla enumeración de hechos y motivos históricos, sin nombrar los fenómenos de guerra y reconstrucción, explican la ley de la participación creciente de la empresa e inversión pública. Las economías capitalistas modernas, las más avanzadas, son economías de doble sector: economías "de diálogo y de políticas". Economías de diálogo entre los objetivos sociales del sector público y los proyectos sectoriales del sector privado: frecuentemente hay

contradicciones entre éstos últimos. Diálogo que se apoya sobre el instrumento técnico de las matrices intersectoriales tanto para el análisis como para la planeación, en orden al crecimiento equilibrado.

Y economía de políticas, porque la planificación indicativa se transforma en planificación activa tanto por el peso de la inversión y empresa pública, como por los controles indirectos de tipo fiscal, crediticio, comercial.

Este proceso histórico y basado en necesidades históricas ha ido cambiando la mentalidad del empresario privado y del empresario público, que frecuentemente puede ser la misma persona, el mismo técnico o manager hoy aquí y mañana allá. Por supuesto que la empresa pública debe estar manejada por un grupo de directores-administradores técnicos: es decir, debe estar "despolitizada y desmilitarizada". "Dad a los técnicos lo que es de los técnicos", tanto en las economías capitalistas como en las socialistas. La empresa pública, sea que trabaje con superavit, cubra costos o se vea obligada a trabajar con déficit, en cualquier caso debe trabajar técnicamente. Y se pueden encontrar modalidades de concesiones, administraciones mixtas o paraestatales, que den a la empresa pública la agilidad e iniciativa típica de la empresa privada. Por supuesto que los compadrazgos y los sobornos hacen mucho daño a la empresa pública al igual que a la empresa privada, según consta por algunos casos de multinacionales aireados recientemente en la prensa.

B.- El mercado y la empresa en las economías socialistas.

El título es demasiado largo para lo que vamos a decir. Si las economías capitalistas avanzadas han integrado la participación creciente del Estado y de la planificación, permaneciendo fundamentalmente capitalistas, las economías socialistas, sin abandonar sus rasgos típicos de propiedad y planeación públicas, tienden hacia una cierta descentralización y consultoría al mercado, una vez cambiadas las bases de la situación.

Como breve referencia unas palabras del premier Alexis Kosiguin, presentando el Plan de Estado para el Desarrollo Económico-1965." Los planes para la producción de bienes de consumo deberán basarse en los pedidos de los consumidores, aprovechando el establecimiento de contactos directos entre las empresas industriales y los distribuidores comerciales. El uso de ese método de planificación resultará indudablemente progresivo, pues la planificación basada en la demanda es más concreta y satisface mejor los requerimientos de la economía y de la población.



El perfeccionamiento de la dirección económica y del planeamiento exige que se otorgue a las empresas más independencia económica y que se amplie su responsabilidad en la elección de decisiones más eficaces para alcanzar los objetivos del plan, ampliando además en las empresas las facultades de los gerentes, de los inspectores y de los capataces. La supresión de toda clase de trabas burocráticas y de supervisiones artificiosas de las explotaciones abrirá vastas oportunidades para el desarrollo de las iniciativas del personal a fin de lograr nuevos progresos económicos, tanto en las fábricas como en las explotaciones agrarias colectivas. . . "(Del discurso de A. Kosiguin, 9 de dic. de 1964, anunciando la llamada "reforma Liberman").

El propio Evsei Liberman plantea así la nueva dirección: "Es preciso encontrar una solución, que sea suficientemente simple y fundada a uno de los principales problemas planteados en el programa del PCUS: organizar un sistema de planificación y de

evaluación de la actividad económica de las empresas, tal que éstas lleguen a interesarse seriamente por alcanzar metas productivas más elevadas, por adoptar nuevas técnicas y mejorar la calidad de la producción; en una palabra por obtener la máxima eficiencia productiva. . .”

Después de proponer un sistema de incentivos y primas, prosigue: “El sistema propuesto se basa en el principio según el cual lo que es ventajoso para la sociedad debe ser ventajoso para cada empresa. Y viceversa, lo que no es ventajoso para la sociedad no debe ser ventajoso para el colectivo de ninguna empresa. Algunos economistas afirman que no se debe subrayar demasiado la función del beneficio, tratándose de un índice capitalista. Esto es falso. El beneficio en el socialismo no tiene nada en común con el beneficio capitalista. El significado de categorías como el beneficio, el precio o la moneda es, entre nosotros, totalmente distinto. El beneficio, cuando se planifican los precios de los productos del trabajo y la renta neta se utiliza a favor de toda la sociedad, es el resultado y al mismo tiempo la forma de medir (en términos monetarios) la eficiencia real del empleo del trabajo. . .”

Es preciso dejar a las empresas la posibilidad de calcular por sí mismas el sistema de índices (combinación de factores) más eficaces para alcanzar el resultado final: obtener la mejor producción, efectivamente necesaria a los consumidores, con la máxima rentabilidad. Sin tal libertad de maniobra no es posible elevar la eficacia de la producción. . .

Ni los dirigentes ni el colectivo de la empresa pueden apropiarse del beneficio de ésta. Las grandes inversiones sólo se efectúan en el marco del plan

central, adoptando como orientación las propuestas formuladas por las empresas. Una parte del beneficio se destina a las primas de incentivo, que son una forma de remuneración socialista según la prestación de trabajos y no crean propietarios de capital privado. La libre iniciativa y el espíritu de iniciativa no son lo mismo. En el socialismo existen amplias oportunidades de iniciativa”. (E. Liberman: “Plan, Beneficio y primas” y “Carta a The Economist”; oct. 1964).

Estas citas pretenden esbozar la nueva línea de planificación del primer país socialista. En esta búsqueda coinciden las grandes economías actuales: las economías capitalistas dirigiendo su mercado con una planificación, y las economías centralizadas orientando su planeación con la ayuda de la empresa y del mercado. En ambos casos, una planificación para el “bienestar social”.

Concluimos que sin una “planificación nacional” no podremos llevar a cabo esa “transformación sana y justa”, ese mínimo en que todos coinciden. Esa planificación nacional exige “conciencia social” y exige “competencia técnica”. Conciencia social para percibir cuanto de antihumano hay que cambiar. Competencia técnica para cambiarlo con el mínimo costo social y en el menor plazo. Algo se ha podido indicar en este artículo sobre lo que hay que cambiar y hacia dónde hay que cambiar. Es distinto averiguar “lo que se produce, cómo se produce y para quién se produce” que esforzarse en lograr “lo que se debe producir, cómo se debe producir y para quién se debe producir”. Y esto no se puede lograr sin una colaboración entre el sector público y el sector privado, o si nos quedamos sólo con criterios de “utilidad.”

